

*In memoriam*  
**Dra. Norma Violante Morlock**



“Te presento a mi segundo padre”. Con esta frase, que tanto me honra, me presentó Norma con su único hermano, algún domingo durante el intermedio de uno de los inolvidables conciertos ofrecidos por la OFUNAM en la sala Nezahualcóyotl, a la cual asistíamos regularmente.

Tuve la oportunidad de conocer a Norma hace más o menos 40 años, cuando ella apenas comenzaba en la dermatología, durante un viaje a Guatemala. A pesar de pertenecer a asociaciones dermatológicas diferentes, ella a la Sociedad y yo a la Academia, pudimos platicar sobre diversos temas, de una manera cordial, que en aquellos tiempos resultaba una excepción, por el pleito de origen personal, iniciado por nuestros maestros y sus correspondientes colaboradores en ambas agrupaciones. Sin embargo, al paso de los años esta desagradable situación se resolvió y la prueba más fehaciente es el poseer en la actualidad un órgano científico común de difusión que es “Dermatología. Revista Mexicana”.

Tiempo después y a raíz de haberse fundado el servicio de la especialidad en nuestra Institución, el Hospital General Dr. Manuel Gea González, Norma se acercó con nosotros y no faltaba a ninguna de estas actividades científicas,

reuniones anuales, cursos monográficos y muy particularmente las sesiones bimestrales de carácter interhospitalario, que hemos llevado a cabo desde hace algunos años y en las que su presencia, al igual que la de Yolanda Ortiz, era siempre bienvenida pues con sus intervenciones, preguntas y comentarios, este tipo de presentaciones por parte de los residentes —no sólo de nuestra institución, sino del resto de los hospitales con cursos universitarios de la especialidad— siempre se animaban por la participación, muy en particular de ellas dos.

Pero además de nuestras convivencias académicas, poco a poco nació una verdadera amistad y un cariño mutuo, que siempre evocaré con nostalgia por el resto de mi vida.

Norma, al revés de Lourdes Tamayo, era una crítica exigente al grado de parecer brusca e hiriente, pues cuando tenía que decir la verdad no se detenía y expresaba lo que sentía, con respecto a tal o cual presentación y a tal o cual ponente; o sea lo que le parecía bueno o malo lo comunicaba tal cual; obviamente no siempre tenía razón, pero cuando así se lo demostraban, ella lo admitía con la honestidad que siempre la caracterizó.

Cuando se cansó de luchar por ejercer su profesión en el Centro Médico La Raza del IMSS y vio que era imposible tratar de continuar, pidió las licencias que requería hasta que llegara su jubilación y se dedicó al estudio de otras disciplinas dentro del Arte, como la música, la antropología, el cine, y otras, aunque subrayo que cuando podía siempre estaba presente en nuestras actividades científicas, académicas y culturales.

Hubo un paréntesis favorable para tratar de conseguir lo que ella anhelaba, al ser nombrada Jefe del Departamento de Dermatología del Hospital Infantil de México Federico Gómez, cuando Lupita Ibarra se jubiló. Su entusiasmo inicial era notable y algunas veces desayunamos en su apartamento del sur de la ciudad, donde me comentaba sus planes y me solicitaba opiniones. Pero Norma no toleraba ni la burocracia ni la apatía de las autoridades, por lo que algunos meses después renunció a tal cargo.

La han calificado como “una mujer difícil”. Quizá lo era, para quienes no podían entender su carácter firme y sin concesiones, pues por el gran cúmulo de conocimientos dermatológicos que poseía, deseaba que la dermatología de nuestro país mejorara para bien de los jóvenes en formación.

Qué duda cabe, al menos así lo pienso, de que Norma era una mujer de ideales muy sólidos, pero sobre todo tenía una fina sensibilidad que sólo para quienes tuvimos la fortuna de estar cerca de ella nos fue dable percibirla y apre-

ciarla en todo lo que valía y así reconocer su gran calidad humana.

Es una pena que en cinco meses la Dermatología Mexicana haya perdido a dos mujeres que amaban su profesión y su especialidad y que siempre tuvieron participación académica dentro de las múltiples oportunidades que se les presentaron a través de sus vidas. Las dos completamente diferentes en su personalidad, pero ambas con mucho en común en lo académico y científico. Una alcanzó grandes alturas porque el medio le fue favorable y porque siempre tenía la sonrisa y su amabilidad era su carta de presentación, por ende, todos la querían; la otra no tuvo la misma fortuna ni el mismo carácter de la primera, pero ambas estudiadas y con deseos constantes de superación. Lourdes y Norma fueron muy queridas para el que esto escribe y aunque nuestra convivencia con la primera fue más larga y cercana que con Norma, ambas permanecerán muy dentro de todos los que fuimos sus amigos a través de los años.

Normita, no sabes cuánto me emociona y commueve aquella frase con la que comencé estas líneas y que siempre tendré presente. ¡Adiós, querida amiga!

LUCIANO DOMÍNGUEZ SOTO  
Jefe del Departamento de Dermatología  
Hospital General Dr. Manuel Gea González